



REYES Y MENDIGOS

ENTREVISTA

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

por HORACIO VÁZQUEZ RIAL

Fotos ELISA NURIA CABOT



José Agustín Goytisolo
ayudado por **Horacio Vázquez Rial**
cuenta episodios de su vida
familiar, sentimental,
filial, ideológica y literaria...
Su padre, tío Joaquín,
tío Leopoldo...
Emilio Lledó, Caballero,
Mejía Sánchez, Eduardo Cote;
Pasolini; Urondo, Gelma...
Lezama... Allende y Líster
son algunos de sus personajes

—*Empecemos por el principio: cuándo y dónde naciste.*

—Nací el 13 de abril de 1928, en la calle Raset. Entonces se nacía en las casas. Venían un médico y una comadrona, y se nacía en las casas. No se iba a la clínica, salvo en casos de gravedad. El mío no lo era.

—*El tercer hijo...*

—Tercer hijo del matrimonio de Julia Gay y José María Goytisolo Taltavull.

—*El Goytisolo es vasco y el Taltavull viene de las Baleares, ¿no es así?*

—Mi padre era hijo de Antonio Goytisolo Digat y de Catalina Taltavull Victory. Catalina es un nombre muy insular; y los apellidos son menorquines. Victory, de cuando Menorca estuvo bajo los ingleses, y Taltavull es antiquísimo en la isla.

—*¿Cómo era la casa en que naciste?*

—Estaba en la parte alta del cruce de Ganduxer con Vía Augusta. Era la segunda casa de la esquina nordeste, y se entraba por arriba, por la calle Raset, porque por la vía Augusta iba el tren de Sarriá, y también los de Terrassa y Sabadell, pues ya existía la línea. La circulación pasaba por Ganduxer, en las dos direcciones. Allí había un guardabarrera que hacía sonar una campana y bajaba las barreras cuando se acercaba el tren, con una especie de manubrio. Yo tengo muy presente la situación de la casa. Era de planta baja y un piso, y tenía unas verjas y un terrado muy grande. No era bonita, pero era ideal para que jugara un crío. El jardín daba al sur, mirando a la Vía Augusta... Pese a que pasamos pocos años allí, mi memoria de aquel jardín es muy viva: me acuerdo mucho del lugar de cada árbol, de cada parterre...

—*Los pasos del cazador es una prueba irrefutable de esa memoria...*

—Si tú lo dices...

—*El almendro y el limonero de que hablas estaban allí... Y ese almendro tiene un poema también.*

—No. El almendro estaba ahí, pero el limonero no. Estaba en la casa de la calle Pablo Alcover, antes Jaime Piquet, donde nos trasladamos luego. El almendro era de ramas muy bajas, que aguantaban el peso de un niño...

—*¿Tu hermano mayor murió allí, en la calle Raset?*

—No, no... Mis padres habían ido a pasar el verano a la casa de mi bisabuela, la abuela de mi madre, que estaba en Pedralbes, muy arriba, por encima del monasterio, en una zona que ahora es muy elegante. Entonces, era como tener una finca, porque había de todo, hasta huerto, y también una pista de tenis, no sé para quién, una pista de tenis en la que yo nunca vi jugar a nadie a tenis... sí, tal vez, a tía Consuelo. El caso es que Ramón, Ramón Vives Pastor, hermano de mi abuela, Marta Vives Pastor, vivía allí y estaba tuberculoso, y el niño sufrió una meningitis. Mi padre siempre dijo que había sido una meningitis tuberculosa, de contagio.

—*Y él sabía lo que se decía, puesto que su formación era científica.*

—Mi padre era licenciado en ciencias químicas, pero no médico.

—*¿Trabajaba en su profesión?*

—Dirigía una sociedad de abonos orgánicos.

—*¿Cómo se llamaba ese hermano?*

—Antonio, igual que mi abuelo paterno. Desde la muerte de mi hermano, el nombre de Antonio estuvo casi prohibido.

—*¿Tú ya habías nacido cuando él murió?*

—Estaba a punto de nacer. Hay unas fotos de mi madre embarazada, pero no

de Antonio. No puedo precisar más...

—*La muerte de ese hijo mayor ha de haber sido un duro golpe para tu padre. Y ha de haber repercutido sobre toda su vida posterior.*

—Fue un golpe durísimo. Naturalmente, supongo que él nos quería a todos, a Marta y a mí, a todos, pero era un hombre muy contenido, muy espartano, no era hombre que anduviera dando besos, no, nunca hacía nada de esto... Y yo noté que pasaba algo. Ahora sé que lo que pasaba es que yo era el hijo que había venido a sustituir al mayor muerto, al que mi padre, sin querer, sin darse cuenta, había mitificado. Y me imagino que sería un niño mitificable, puesto que a los cuatro o cinco años sabía química, matemáticas, historia...

—¿Y tu madre?

—Yo me di cuenta de que con mi padre pasaba algo, y también me di cuenta de que mi madre me trataba de una manera diferente, con mucho más cariño, porque las madres normalmente son más cariñosas, y porque mi padre, como te decía, no era hombre de andar tocando ni besando a la gente... Eso lo he heredado yo. Lo ves con mi nieto, Víctor. Cuando era más pequeño, se me agarraba al pantalón, y yo le daba la mano para cruzar la calle, pero nada más... no me gusta andar besuqueando a un niño, ni a una niña, no sé por qué, es una cosa rara, pienso que me han de querer, pero no por los mimos. Y efectivamente, Víctor me quiere, pero no porque yo le ande haciendo arrumacos... Soy su habibi, dice él, ¿no? Y ya está, no hay más. Y no sé,

***Mi padre tenía esas cosas.
Llevaba un bolsillo
lleno de pan seco para
darle a los perros,
y otro lleno de caramelo
de eucalipto para
los niños***

mi padre debía de pensar lo mismo.

—*Y al golpe de la muerte del hijo vino a sumarse el de la muerte de su mujer, tu madre. Háblame de eso, por favor.*

—Mi madre murió el 17 de marzo de 1938, en el Paseo de Gracia, en un bombardeo de la aviación, italiana, creo... Los aviones venían desde Palma de Mallorca, entraban por Sitges, daban la vuelta a la sierra de Collserola y descresaban el Tibidabo. Lo hacían así para evitar el fuego de la artillería republicana, que estaba en Montjuic, y que ya no podía disparar cuando los aviones estaban encima de Barcelona. Entonces bajaban, se tiraban en picado y todas las calles de sentido norte-sur eran ametralladas y bombardeadas. Mi madre murió a causa de una bomba. Parece ser que por la onda de la explosión y no por la metralla. Hay quien dice que entró caminando en la portería del número 17 del Paseo de Gracia, una casa que ya no existe. Había bajado para comprar cosas para mi padre y para mí, porque el 19 de marzo era nuestro santo.

—¿Cómo reaccionó tu padre?

—Cada uno de nosotros reaccionó de manera distinta. Mi padre estaba muy enfermo y cayó en una tremenda depresión... debía de tenerla ya de cuando la muerte de Antonio, y entonces se agravó. Por otra parte, él pensaba: *Toda la burguesía se ha ido y yo me he quedado aquí, ¿no será culpa mía? ¿Fue Dios que me castigó?* Pensaba unas cosas tremendas. Porque había gente, incluso en la familia, que dijo que esta desgracia era un castigo, que habíamos recibido un castigo por adelantado a causa de los conflictos que tuvimos luego con la policía franquista. El caso es que, como con Antonio, reaccionó prohibiendo que se pronunciara el nombre de su mujer, no quería que se hablara de ella, a tal punto que le cambió el nombre a la criada, Julia Santolaria, e hizo que la llamáramos Eulalia. Y cuando empecé a estudiar, a los cinco años, en las Terezas, vi que mi padre no miraba las no-

tas. Yo se las llevaba, las firmaba sin mirar y me las devolvía... No había pensado que, así como no quería que se hablara de mi madre, no quería mirar las notas porque tenía miedo de que fuesen buenas. *A ver si repetimos la tragedia*, diría. Es muy posible.

—*Sin embargo, tu hija lleva el nombre de la abuela, Julia, y fue bautizada en vida de tu padre...*

—Sí, verás como fue: Yo me casé en el 56, y en el 57 iba a nacer Julia y estábamos en la terraza de Torrentbó, tío Leopoldo, un personaje genial, mi padre, mi mujer y yo...

—*Porque el tío Joaquín estaba en Argentina desde antes de la guerra, ¿no?*

—Sí, se enamoró de una chica de servicio, que se llamaba María, y hubo un escándalo en la familia, pero mi padre le ayudó. Tío Joaquín se casó con ella. Mi padre le dijo: *haz lo que quieras*, mas la familia le atosigaba. Al final se fue a la Argentina. Estuvo de médico en Buenos Aires unos dos o tres años, hasta que leyó que el gobierno concedía tierras a los que se comprometían a trabajar en Tierra del Fuego y se marchó allí. Mi padre, cierto tipo de cosas se las saltaba. A mi padre le salían rasgos de vasco antiguo y de orgullo, pero después hablaba con algún pagés y le daba lo mismo... Era un hombre muy cordial y afectuoso. Se parecía ligeramente a Einstein, tenía entradas como yo, el pelo blanco y mucho más largo. Durante la guerra, en Viladrau, cuando se dejó la barba le llamaban *el Trotsky*.

—¿Usaba gafas?

—Sí, siempre. Menos poco antes de morir, que empezó a leer sin ellas. Tenía presbicia. Llega un momento, con la edad, en que el músculo del ojo cede y a él se le corrigió la presbicia. Bueno, entonces estábamos allí, en Torrentbó, decidiendo qué nombre ponerle al niño que iba a nacer, algunos decían Antonio, mi padre decía que se

*Me casé primero por lo civil,
y, después de la ceremonia,
le dije al alcalde que el cura
ya no hacía falta. Entonces
estaba prohibido, le metí
un susto de muerte*

llamase como yo, Agustín. Entonces surgió la pregunta: ¿y si es niña, qué nombre le pondremos? Entonces mi padre dijo que si era niña se llamaría como su madre, Julia. Hubo un silencio de estupor. Entonces yo dije que mi mujer se llamaba Asunción, no Julia. Él me contestó: *Bueno, tú ya me entiendes*. Fue niña. Mi padre llevó a la criatura a la pila bautismal. Julia rompió el maleficio.

—*Tú y tu mujer, os casásteis en la capillita que hay en Torrentbó?*

—Sí, me casé allí. Pero ocurrió una cosa muy curiosa. Nos casamos por lo civil quince días antes, porque cuando la boda se hace en una parroquia, los libros del Registro Civil y del Registro Parroquial están juntos, pero cuando es en una capilla así, no pueden llevarse el libro allí arriba. Entonces nos casamos por lo civil delante del alcalde de Arenys de Munt y, cuando estuve casado, le dije al alcalde que el cura ya no hacía falta. Entonces estaba prohibido, le metí un susto de muerte.

Bueno, pues Julia devolvió, sin saberlo, la alegría a mi padre. Pasaron años, y Julia era ya mayor cuando murió mi padre. Pero antes de su muerte, cuando la niña lloraba, él decía: *Julia, el niño llora* como si se lo dijese a su mujer y el que llorase fuese su primer hijo. A mi mujer la llamaba a veces Ton y a veces Julia, y en cambio a nuestra criada, que también se llamaba Julia, siempre la llamó Eulalia. Lo de Eulalia viene de su apellido, que era Santaolaria.

Mi padre era una persona muy peculiar. Tenía ramalazos de vasco, de repente le salía la vena de decir que los vascos son la gente más noble del mundo, y que todos sabíamos de dónde veníamos... Goytisolo quiere decir *campo de arriba* y mi padre presumía de estas cosas. Hacía broma sobre los apellidos de la otra gente. En Francia también hay Goytisolo, son parientes nuestros. Todos los que he conocido son de origen vizcaíno. Mi padre tenía estas cosas, llevaba un traje, en verano, de pana marrón, completamente arrugado, y un sombrero de lona. Pero resultaba elegante. Tenía un bolsi-

llo lleno de pan seco para darle a los perros, y el otro lleno de caramelos de eucalipto para los niños. Caminaba con un bastón, seguido por un montón de niños y perros. De él aprendí un truco, que es que a los niños hay que hablarles como si fueran personas mayores, eso les atrae mucho, más que hablarles con mimos.

—*Tú querías mucho a tu padre, pero la relación fue un tanto conflictiva...*

—Sí, pero eso terminó cuando me casé.

—*¿Tu padre ya había aparecido en tu obra?*

—No aparece hasta **Algo sucede**, en un poema que se llama *Es el enfermo a veces*, que está inspirado en la agonía de mi padre. A partir de aquí el padre ha ido saliendo muchas veces, y muchas veces el padre es el *rey mendigo*, otras veces soy yo, y otras la humanidad. Lo del **Rey Mendigo** se origina en la historia de un personaje que me contó un tuareg... La sombra de ese rey mendigo aparece mucho antes, en dos o tres libros míos. Pero es a partir de mi primer viaje a Argelia.

—*¿Cuándo os cambiasteis de casa?*

—En el treinta y tres, dejamos Raset, y nos fuimos a vivir a una calle que en principio se llamaba Jaime Piquet y que después se ha llamado Pablo Alcover, pero siempre tuvimos el mismo número: 39-41. Era una casa con jardín, en el que había un castaño de indias, un limonero, buganvillas...

—*Vegetación que abunda en tu obra... Tú tenías 6 años.*

—Sí, más o menos.

—*¿Luis nació también en la calle Raset?*

—No, Luis nació en Pablo Alcover. Era una casa en alquiler, con jardín y garage. Allí, yo tenía una habitación, y Juan y Luis otra. Mi habitación era privilegia-

da, porque en ella estaba la librería. Salvo las habitaciones, el suelo era de estos de tablero de ajedrez, blanco y negro. Al final del pasillo dormía Eulalia. Los recuerdos de entonces son clarísimos. Yo iba al colegio de los Jesuitas subiendo la calle Angli, los Jesuitas de Sarriá, todos los días, a pie, con mi hermano Juan y luego con Luis. En nuestro barrio, empecé a jugar al fútbol en un equipo de juveniles que se llamaba Atlético Tres Torres.

—*En el momento de la guerra, ¿os quedáis en la casa u os vais fuera?*

—No, mi padre tenía un enfisema pulmonar, le operaron en la Clínica Corachán, le cortaron dos costillas y le pusieron un tubo para el drenaje del pus. Estuvo cuatro años con el tubo puesto, yo no sé cómo no se murió ni se volvió tuberculoso. Además, no hablaba casi, estaba muy deprimido. Fuimos todos a Viladrau. Estando en Viladrau fue cuando mi madre fue a Balenyà, a la estación. Nos despedimos de ella, que iba para ver qué podía encontrar para el santo de mi padre y el mío. Mientras en casa hubo objetos de valor, pudimos comer, porque dinero de la república no querían, así que yo me convertí en un ladrón. Aprendí a robar patatas; nunca hay que arrancar la mata de las patatas, hay que hacer un agujero a dos palmos, meter la mano e ir sacando las patatas.

—*Me hablabas de la falta de solidaridad de la gente.*

—Sí. La única solidaridad fue la del tío Joaquín, que nos hacía llegar desde Argentina paquetes con la Cruz Roja. Me acuerdo cuando nos llegó el primer paquete, estábamos los cuatro hermanos mirándolo, sin atrevernos a abrirlo. Mi

tío Leopoldo también nos ayudó, pero poco tenía que dar. Él se presentó voluntario como médico durante la guerra, y le tocó Altafulla.

—*Hablemos de tu familia.*

—Mis hermanos saben de la familia mucho más que yo. Si quieres, te diré lo que recuerdo haber oído, pero nada más. Mi abuelo era cubano. Su madre, Estanislaua Digat, de origen francés, había nacido en Trinidad de Cuba, antigua provincia de Las Villas. El bisabuelo, Agustín Goytisoló Lizarzaburu, se casó con ella y fueron a vivir a Cienfuegos, ciudad que era como un enclave francés. Allí nació mi abuelo, Antonio Goytisoló Digat. En esa zona estaba una central azucarero, que entonces se llamaba *ingenio*. Él introdujo en ese ingenio el vapor. Se llamaba *Lequeitío* y el tren cañero que tú viste en la foto que había en Torrentbó, aquel tren que ponía *Goytisoló y Montalvo*, recogía la caña. No sólo la de él, sino la de mucha gente...

—*¿Qué se ha hecho de aquellas fotos que estaban en Torrentbó?*

—Las tiene Luis. Son interesantes, porque el tren de la fotografía es uno de los primeros trenes de España. Dicen que el primero fue el que entró en funciones aquí, en 1848, el Barcelona-Mataró. Pero entonces, Cuba era una provincia de España, y por Cuba corrió ese tren, que, si no fue el primero, fue uno de los primeros. Se instaló donde había una industria fuerte, la de la caña de azúcar, en la que se empleaba el vapor, todo ligado al proceso de liberación de los esclavos. En eso, mi bisabuelo fue un precursor, y no porque fuese especialmente benigno. Él no era ningún santo, y si liberó a los esclavos fue porque el vapor los sustituyó con ventaja. De lo que no cabe duda, es de que fue un innovador: compró, instaló y puso en marcha un tren inglés, curiosamente, con un ancho de vía más parecido al europeo que al español. Aquí eso se hizo con otro criterio, el de un ingeniero que dijo que el ferrocarril era más estable cuanto mayor

era el ancho de la vía. Eso, lógicamente, depende del vagón. Toda Europa ha mantenido el ancho de vía normal: Inglaterra, Francia, Italia, Alemania, todo el mundo. Aquí, un militar apoyó la tesis del ingeniero por cuestiones de estrategia, de invasión militar, imagínate...

—*¿Fue la independencia de Cuba lo que acabó con las propiedades de tu bisabuelo?*

—Nunca he sabido con exactitud qué pasó. Sé que murió allí. Agustín Goytisoló murió en Cuba, muy decepcionado. De haber sido abogado, o tratante de ganado, como el padre de Fidel, hubiese salido ganando con la independencia. Y él debió creer que la independencia le favorecía. Pero no fue así. En los seis años que van de 1898 a 1904, fíjate bien, el noventa y cinco por ciento de los ingenios pasaron a manos de norteamericanos, que en todo ese tiempo no compraron un solo saco de azúcar: ahogaron a los propietarios y se quedaron por calderilla seis ingenios. Acuérdate, nuestro amigo Pablo Armando Fernández nació en el Central Delicias, y allí la enseñanza era en inglés y la educación religiosa, protestante... Los norteamericanos no se metieron en la guerra para ayudar al noble pueblo cubano, sino porque la del azúcar era una industria tan importante como la del algodón. Y la caña se daba estupendamente bien en Cuba. Sin ser de allí, porque la llevaron los españoles. Fíjate que casi todos los nombres de la caña son isleños, es decir, canarios: el guarapo, las mieles...

—*Él murió muy desanimado. ¿Qué hizo la viuda?*

—Venirse a Barcelona. Como ya poco le quedaba allí, se vino a Barcelona. Con el cuerpo de su marido, que está enterrado en Montjuic, en el panteón que pone Agustín Goytisoló. En aquella época no se podía trasladar un cadáver así como así. Lo trajeron en un féretro de bronce y embalsamado.

—*¿En qué año fue eso?*

—No lo sé con exactitud, habría que mirar en el libro del panteón.

—*Y su hijo, Antonio, es decir, tu abuelo, ¿vino con ella?*

—No. Ella vino, precisamente, porque mi abuelo Antonio estaba ya aquí, casado con Catalina Taltavull Victory, hija de otro indiano, menorquín.

—*También de Cuba...*

—De Cuba, de Puerto Rico... Tenían barcos. Me imagino que los casaron. Al parecer era abogado. Sus datos personales están en un pasaporte que pone: Antonio Goytisoló Digat, natural de Cienfuegos, provincia de Cuba, color sano, pelo negro, ojos claros, y nada más. Ése era el tipo de pasaporte que servía para moverse por Europa en aquella época.

—*Y con este hijo se instaló la abuela Estanislaua en Barcelona.*

—Sí. Tuvieron aquí varios domicilios: un chalet en la calle Clarís, un piso en la Plaza de Cataluña, en el Pasaje Rivadeneira... Ahí vivió mi padre, y ahí se enamoró de mi madre, cuando él era ya mayor, un solterón, como tío Leopoldo. Mi madre se casó muy joven, con un hombre que no se parecía en nada a ella, pero con el que debía de llevarse bien, porque hay cartas y postales de ella que son muy divertidas. *Con esta letra que tienes*, ponía, porque mi padre tenía una letra endemoniada y además, cuando escribía una tarjeta postal y no le quedaba sitio, seguía en los bordes... *Con esta letra que tienes*, ponía mi madre, *no sé si los niños y yo hemos de ir a Torrentbó, o esperar a que nos vengas a buscar, o que volvamos todos a Barcelona, no te entiendo nada. Escríbemelo con letras mayúsculas.*

—*Cuéntame más sobre el tío Leopoldo.*

—Es mítico en la familia. Era un hombre que sabía una cantidad de cosas tremenda...

—¿Vivía con ustedes?

—No, vivía en su casa, con tío Luis, otro hermano de mi padre. A tío Luis mi padre le dio un trabajo en la Sociedad de Fertilizantes. El tío Luis era sordo. Leía libros de Stevenson, Bernard Shaw... También él era interesante como personaje.

Ellos tenían una criada que se llamaba Carmen. Ella adoraba al tío Luis y no soportaba al tío Leopoldo. Eran un trío imposible. Murió primero tío Leopoldo y después tío Luis. Tío Leopoldo sabía de todo, se había leído la Enciclopedia Espasa de la A a la Z, y luego se había metido con la Enciclopedia Británica, no sé si acabó. No había crucigrama que no resolviera, todo. Lo más formidable de este hombre fue, sin duda, que no aplicó esos conocimientos a nada. Era gratuito en todo. Se fue a estudiar a Santiago de Compostela. Sacó el título de medicina, y sólo ejerció en Torredembarra y durante la guerra. Curaba a la gente por sugestión. Tenía fama de ser buen médico, porque mi hija pasó por donde había ejercido y se lo dijeron. Muchas veces recibía a los enfermos en pijama porque era un comodón. Tenía una partida, le gustaba jugar a las cartas... Curaba con medicinas sencillas y hablando. El venía una vez por semana a comer a casa. Se llevaba muy bien con mi padre y con mi hermano Luis. Estaba un mes con nosotros en Torrentó o en el Miracle, cerca de Poblet.

—Tú me contaste una vez una historia muy interesante sobre un pariente del tío Joaquín, uno que se casó con una rubia sudafricana.

—Fue su hijo Joaquinito quien se casó. Cosas que pasan. Tío Joaquín llegó a tener una hacienda en Tierra de Fuego. En la hacienda de al lado, vivía esa chica. Se casó con ella y tuvieron una hija. Un día, esta mujer le dice que ha heredado, de su familia inglesa, una finca inmensa en Sudáfrica, donde trabajan miles de negros, una barbaridad. Él dijo que no iba allí: *Mi bisabuelo se deshizo de los negros y no voy a ir yo ahora a vigilar*

negros. Y ella se fue a Sudáfrica.

—Volvamos atrás. En Madrid conoces a...

—Conozco a Emilio Lledó, a Valente, a Caballero Bonald, un poco más tarde a Ángel González y a Claudio Rodríguez.

—¿Tú eres el vínculo entre las dos zonas del cincuenta?

—No, fue una casualidad. Cuando yo



me fui de Madrid, sólo habían publicado un libro Caballero Bonald y Alfonso Costafreda. Los demás no habíamos publicado nada. Éramos lectores, nos gustaba la poesía. En Barcelona seguí viendo a Carlos Barral y a Jaime Gil. Ángel González fue el primero en venir aquí. Jaime Gil ya iba por Madrid por cuestiones de trabajo, y en un momento dado, nos invitaron a todos. En el Encuentro de Poesía de Formentor fue cuando nos reunimos casi todos...

—¿En qué año había publicado Pepe Caballero?

—En el 52. Y Costafreda en el 50.

—Pero ya estabais escribiendo todos.

—Sí, y casi todo lo escrito se rompía.

—El otro tema que para mí quedó colgado es el de los poetas sudamericanos que conociste en el colegio Guadalupe.

—Los más importantes, con los que era más fácil sintonizar, eran Mejía Sánchez y Carlos Martínez Rivas, nicaragienses, dos extraordinarios poetas. Otro era Eduardo Cote, que murió de un accidente; era colombiano. Había más gente, pero estos ejercían de poetas, yo no.

—¿Cómo entraste en contacto, no ya con los poetas latinoamericanos, sino con los

de otros países?

—Porque yo sabía italiano y empecé a traducir a Montale, a Quasimodo, a Ungaretti, a Pasolini... Empecé a ir a Italia en el 59 o 60. Ya los venía leyendo aquí, en el Instituto Italiano de Cultura, y allí les conocí a todos. Era sorprendente. Los de *Rinascita*, por ejemplo, que yo no podía verlos como comunistas, eran un grupo de gente abierta, los comunistas españoles no tenían nada que ver con aquello.

—Entonces, tu formación poética, cuando empiezas a escribir, es esencialmente castellana.

—Sí, fundamentalmente de lengua castellana. Española e hispanoamericana. Se me abrió un horizonte tremendo

cuando conocí a unos poetas de América Latina.

—¿Cuándo fuiste por primera vez a América Latina?

—Pues creo que fue a Cuba, y luego a la Argentina. En la Argentina he estado tres veces, en Chile dos, en Perú tres... A Cuba fue el primer viaje. Después, dos viajes por el continente, uno con mi mujer y otro con mi hija.

—Bueno, vamos país por país, empieza por la Argentina. Hiciste tres viajes...

—En uno de esos viajes me reencontré con Francisco Urondo...

—¿Lo habías conocido en Cuba?

—Sí. En Cuba. A Juan Gelman no le conocí hasta mucho después. Fui amigo de Alejandra Pizarnik. También traté a Borges. En dos de mis tres viajes, estuve con él.

—En los dos casos en función de la **Antología**...

—La segunda vez solamente fui a saludarle porque sabía que él estaba contento con aquella **Antología**. Después salieron otras. Él se disparó como poeta mucho más tarde. Fue la primera antología de Borges publicada aquí, creo.

—La visita del lío arquitectónico fue la última, ¿no?

—No, la segunda. Era una reunión de arquitectos jóvenes, organizada por la Unión Internacional de Arquitectos. Onganía se autoproclamó presidente de honor y hubo una bronca sensacional. Los estudiantes decían que no podía ser. Fuimos a la Facultad de Arquitectura. En

Un señor, con calzoncillos largos, por encima de las rodillas, estaba leyendo el periódico una o dos habitaciones más allá. Era Salvador Allende

aquel tiempo la policía todavía no se atrevía a entrar en el campus universitario, rodeado de vallas con postes de hierro. Allí estuvimos los tres días que duró el Congreso, durmiendo y comiendo. Cuando salimos pasó aquello del perro, que es la vez que yo recuerdo haber tenido más miedo. El perro me olió, me quedé mucho rato allí, mientras la policía miraba mi documentación. El perro me olió y me miró. Yo sentía, además de miedo, desazón. Porque una cosa es que un hombre te mire con mala cara y otra es que un perro te mire como diciéndote *estás fichado, o si te mueves...*, una cosa muy desagradable. No me ha pasado con ningún otro perro. El último viaje fue en el 72, un poco antes de la caída de Allende, y fui a Chile después, y a Perú, donde conocí a mucha gente: enseguida me hice amigo de César Calvo, de Antonio Cisneros, de Washington Delgado, de Nicolás Yerovi, de Blanca Varela y muchos otros... En Ecuador, con el único que hice buena amistad fue con Jorge Enrique Adoum, que es un buen escritor.

—¿Tú conociste a Allende?

—Sí, lo conocí en Cuba y después lo volví a ver en Chile. Se parecía a mi tío Leopoldo. Un día se estropeó el aire acondicionado del hotel Habana Riviera, y era un horno, porque está todo acristalado. No se podía vivir allí, no se podía dormir. Abríamos la puerta y nos poníamos en el quicio para coger la poca corriente de aire que había. Un señor con calzoncillos largos, por encima de las rodillas, estaba leyendo el periódico una o dos habitaciones más allá. Me acerqué y le saludé. Al notar su acento, le pregunté si era chileno, y me dijo que sí. Hablamos un rato y después se presentó.

—¿Cuándo estuviste en Chile ya le viste como presidente?

—Sí, él ya se había presentado tres veces a la presidencia y fue a la cuarta cuando salió. Sacó el treinta y tres por ciento de los votos y los otros el treinta y uno y el treinta y dos. Fue por un pelo.

Era un hombre culto, médico, como tío Leopoldo además, y que, equivocado o no, se vio metido en un lío.

—Empezaste temprano con Cuba, tú estabas solidarizado en su momento con el movimiento de la Sierra.

—Sí, evidentemente. Era un movimiento contra un dictador que se llamaba Batista. No tengo ningún reparo en decir que estaba solidarizado con ese movimiento insurreccional.

—En eso discrepabas del Partido Comunista...

—Nicolás Guillén me dijo en París que aquellos eran unos señoritos. Después, el mismo Neruda les hizo una canción de gesta. No sé si les sacó dinero o no. La verdad es que las primeras veces que vas allí... Yo fui antes de 1966.

—¿Antes o después de la Segunda Declaración de La Habana?

—Poco después de Bahía Cochinos.

—En el 62.

—Más tarde. Al principio, Cuba era un país en revolución. Lo primero que vi fue que se habían creado unos Comités de Defensa de la Revolución, que actuaban en cada barrio. Una amiga mía cubana me dijo que fuera un día a verla, porque me llevaría un chasco. Así fue. Las reuniones eran para decir que fulana de tal era una mujercuela, por ejemplo. Abrían la reunión con una frase de Lenin, una de Martí, otra de Fidel y entonces empezaba la reunión y se contaban chismes. Casi todos los asistentes eran ancianos. La función de los Comités de Defensa de cada barrio era guardar armas, pero degeneraron. En el segundo viaje, y en el tercero, ya tenía los amigos que tú conoces: Pablo Armando Fernández, Manuel Díaz Martínez, César López, Antón Arrufat, Norberto Fuentes, Luis Rogelio Noguerras, Pepe Rodríguez Feo. A Nancy Morejón y Reina María Rodríguez las conocí un poco después.

En el segundo viaje me enteré de que existían esos campos que se llamaban UMAP, Unidades Militares para la Agricultura. Luego firmé las dos cartas de protesta por el caso Padilla. Más tarde, me molestó la autocrítica de Padilla, y más aún su declaración posterior explicando que todo lo que había dicho era falso. Había perjudicado a muchos amigos míos.

Desde que el entusiasmo por la revolución cubana fue cediendo en todos nosotros, Cuba dejó de ser para mí la revolución cubana, para pasar a ser mis amigos de Cuba, los de dentro. Así podemos terminar con el tema de Cuba.

—¿En qué año empezaste a publicar a los poetas cubanos en España?

—La antología **Nueva Poesía Cubana** apareció en el 68. Todo fue en los sesenta. Después, silencio.

—¿Qué opinas de la situación actual de Cuba?

—A mí me parece una fatalidad lo que le pasa a la isla, para mí que está maldita: se libran de España, pero son los yanquis los que se meten; se liberan de Batista pero es otro el que se mete.

—Me gustaría que hablaras de Lezama.

—¡Ah, Lezama! Le hice un retrato literario, porque yo le quería mucho, tengo cartas suyas, incluso de la viuda. En cuanto murió se hizo inmediatamente una edición aquí, con un prólogo mío, de **Fragmentos a su imán**. En ese prólogo me desaté y dije lo que pensaba sobre la revolución y más. Cuando me enteré de que al entierro habían ido seis o siete personas, escribí una crónica diciendo que había sido un entierro fabuloso, con mulatos y mulatas de bellos cuerpos, con multitudes que bebían... Algo exagerado, porque me enteré por César López de la tremenda soledad de este hombre hasta su muerte.

—También trataste a Alejo Carpentier y a Virgilio Piñera en aquella época...

—Sí, pero con Alejo no tuve la misma relación que con Lezama. Con Lezama era una relación de complicidad, complicidad en la literatura, porque aunque no escribíamos igual, nos entendíamos. A Piñera lo conocí a través de Pepe Rodríguez Feo. Era persona de gran interés, que había leído mucho, y era muy retraído. No como Pepe Rodríguez Feo, que era más abierto. Evidentemente no estaba de acuerdo con la política cultural cubana. Era muy fácil no estarlo.

—¿Tú has sentido alguna vez lo que llaman vocación de escritor?

—Así, como tú me lo dices, no. Yo sabía que aprendería a escribir, y escribía, no sé si eso es tener vocación de escritor.

—¿A los veinticinco años pensabas que si no eras poeta tu vida no tendría sentido?

—Quería ser poeta, no sé si pensaba si mi vida tendría sentido o no. Sólo me interesaba eso y ganar el dinero justo para mantener a mi familia. Quería escribir e intentaba hacerlo mejor cada vez, y aún lo intento.

—¿Empezaste a escribir temprano? ¿Escribiste siempre?

—Sí. Y mis hermanos también. Creo que fue porque teníamos libros cerca. El otro día, en una entrevista en TV, me preguntaron: ¿Cómo se formó usted? Yo dije: *Leyendo, leyendo*. Es lógico, antes de escribir, yo leía, lo leía todo, **La ballena blanca**, **La isla del tesoro...** Todo lo que caía en mis manos, lecturas que no correspondían a mi edad, ni a la de Juan, y menos aún a la de Luis, sino a gente mayor... Mucho más tarde apareció un libro de Pedro Salinas, **Seguro azar**. Yo leí, después de la guerra a Juan Ramón Jiménez, su **Segunda Antología Poética**, y al leer luego **Seguro azar**, de Salinas, me dije: ¿Qué es esto? Este autor sale de Juan Ramón, pero es mucho más críptico. Me quedé muy impresionado con **Seguro azar** y me llevé el libro a Madrid. Allí, en la Cuesta de Moyano, fui

encontrando otros libros de Pedro Salinas.

—¿Había antecedentes literarios en la familia?

—Una antepasada lejana de mi madre, llamada María de Mendoza, escribió una novela, **Las barras de plata**. Y un tío, también por parte de mi madre, tradujo, del inglés, naturalmente, los **Rubayats** de Omar Khayyam...

—¿Escribiste algo en prosa?

—Cuentos, historietas, como todos los niños. Pero, a partir del momento en que empecé a tomarme en serio eso de escribir, sólo hice poesía.

—¿Conservas algo de lo que escribiste entonces?

—No hay un solo poema mío anterior a la publicación de **El retorno**, ni en mi casa ni en ninguna parte. Porque, cuando me di cuenta de que **El retorno** era un buen libro ya tenía veintiséis años, y lo comparé con lo que había escrito antes y lo cogí todo y lo rompí. Y cuando escribí **Salmos al viento** busqué aún más a fondo, y todavía salían papeles... y a romperlos. No he dejado nada... sólo de los últimos poemas y algunas correcciones, primeras versiones, etcétera.

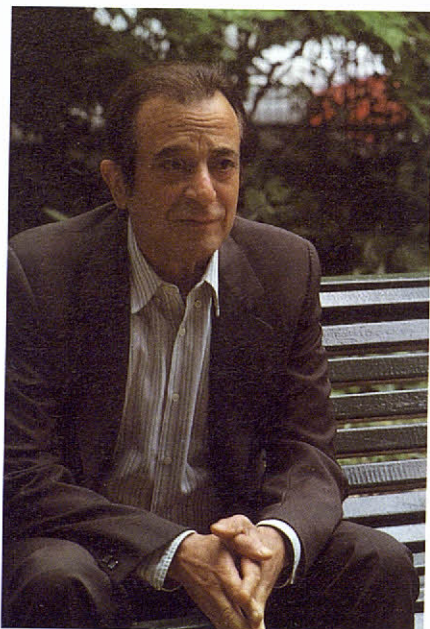
—¿Cómo fue la edición de **El retorno**?

—Lo presenté al premio Adonais y fue accésit. Con **Salmos al viento**, lo mismo: gané el Boscán. Y **Claridad** fue premio del V Centenario de Ausiàs March. El premio en castellano lo gané yo, y el premio en catalán lo ganó Pere Quart. Y curiosamente, cuando el Premio Ciudad de Barcelona, el del 80, creo que fue, el catalán se lo dieron a Pere Quart y el castellano a mí.

—Volvamos al momento en que empezaste a escribir y a publicar...

—Bueno, como te dije, escribía cosas en prosa, pero a la que le cogí gusto al ver-

so, nunca más escribí en prosa. Solamente prefacios, artículos... En cuanto a publicar... no se trataba únicamente de publicar. Yo tenía amigos que editaban separatas y hasta libros y se los pagaban ellos, pero yo no hubiera hecho eso jamás. Con un premio, publicabas. Pero, además, la gente se fijaba en ti, tenías posibilidades de ganar otro, y cuando ganabas el tercero, ya no tenías que presentarte a otro.



—¿Cómo se produjo tu elección de lengua?

—No había caso, sólo quedaba el castellano. En casa era el idioma de siempre, y más faltando mi madre. No nos lo impuso Franco, eso es absurdo. En mi casa se hablaba el castellano, como en la de Barral: su madre era argentina, se llamaba Agesta. Mi padre y mi madre hablaban castellano entre ellos. Y cuando fui a Madrid...

—¿A qué edad fuiste a Madrid?

—Pues mira, en tercero de derecho. Primero y segundo los hice aquí.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Problemas con la gente del Seu. Golpes y bofetadas, todo muy molesto. Y

hubo un expediente académico.

—¿Te expulsaron de la Universidad?

—No, no, no me expulsaron. Me expedientaron. Yo no podía aceptar la sanción que me pusieron, y me fui a Madrid. Con poco dinero. Y caí en un barrio muy bonito, Argüelles, que ahora es casi de lujo, pero que entonces estaba bombardeado. El Hospital Clínico derrumbado, toda la Moncloa panza arriba. Estuve en varias pensiones por allí, en la pensión de doña Sagrario... Y conocí, primero, a Emilio Lledó, y luego a Caballero Bonald. Entonces surgió la posibilidad de que en un Colegio Mayor que estaban terminando, el Guadalupe, aceptaran a un diez por ciento de españoles. Fuimos y nos presentamos y pasamos Emilio Lledó y yo. El diez por ciento significaba que, si había doscientas plazas, pues, entramos veinte españoles. Era un porcentaje muy alto, dejaron mano libre, porque no todo el mundo quería venir a España desde América en tiempos de Franco. Claro, la residencia era otra cosa, los latinoamericanos llegaban con libros que yo no había leído nunca, traían a Vallejo, a Neruda... A ver quién encontraba eso en España. En la Cuesta de Moyano, a los poetas de la Generación del 27 y hasta la Guerra Civil, con suerte, los podías encontrar, pero esos otros, de ninguna manera.

—Libros y compañeros...

—Encontré, y me hice amigo de Ángel González, de Caballero Bonald, de Claudio Rodríguez. Yo dejaba otros amigos, en Barcelona, que acabarían escribiendo poesía, y caí en otro grupo de amigos que acabarían escribiendo poesía también. Yo no dije nunca a ninguno de mis amigos de Madrid y Barcelona que escribía poesía, ni ellos a mí. Los primeros en publicar fueron Caballero Bonald y Alfonso Costafreda, luego Claudio Rodríguez... Volví aquí, a Barcelona, en el 51, y, salvo Costafreda, nadie había publicado nada. Carlos Barral, Jaime Gil y yo hablábamos de poesía,

como siempre, pero no habíamos publicado nada. No había aparecido **El retorno**. Fui a hacer los seis meses del servicio militar a Menorca y seguí trabajando en el libro, muy asustado por su contenido. Además, me angustiaba, me dolía, y quería que fuera un libro bonito. Hoy no lo tocaría, fíjate.

—Háblame de **El retorno**.

—**El retorno** es una elegía que yo escribí y publiqué en 1955 en la colección Adonais; es una elegía a una mujer muerta, de la que sólo se sabe que se llamaba Julia Gay, porque en ningún momento puse allí que era mi madre, porque no me interesaba hacerlo para no mover en el lector emociones fáciles. Nunca aparece la palabra madre. Pero cualquier lector con un poco de sensibilidad se da cuenta de que el libro trata de una relación madre-hijo. **El retorno** ha continuado muchos años después en **Final de un adiós**. Un día quiero publicar las dos elegías juntas.

Yo, en aquel tiempo, estaba entusiasmado por las conversaciones que tenía con Carlos y con Jaime Gil; puse una cita de Eliot: *Partió, mas en los días de otoño soñadores / forzó mi mente golpe a golpe*. El tema elegíaco reaparece en algunos poemas sueltos, pero en realidad y como libro está sólo en **El retorno** y **Final de un adiós**.

—Tu segundo libro fue **Salmos al viento**, lo que implica que hiciste seguir una elegía por un libro de sátiras...

—Yo alterno mis nostalgias y depresiones con el tono satírico. **Salmos al viento** iba dirigido a la sociedad en la que yo vivía. No es un libro de poesía social, sino de sátira. Leído hoy, todavía no sé cómo me dejaron pasar eso. Va con citas de la Biblia, se llama **Salmos al viento**, pero se entiende perfectamente todo lo que se dice allí y lo que es curioso es que ese libro se siga vendiendo hoy día de una manera normal y corriente.

—El siguiente libro fue autobiográfico...

—Claridad es un libro autobiográfico, pero no mío, sino de toda una generación. Salió con motivo del homenaje que hicimos a Machado en Colliure, en el veinte aniversario de su muerte. Hicimos un acto político, más que poético, en contra de los poetas del régimen que habían querido rescatar una parte de Machado y la presentaban como cosa propia. Fue un acto político, y con este motivo fue cuando nos reunimos todos, los de Madrid y los de Barcelona.

—¿Tú tenías conciencia del contenido político último de Machado, sobre todo en el poema a Lister?

—No, no lo conocía. Si lo hubiera conocido, hubiera pegado un respingo, porque luego conocí a Lister.

—Por lo que sé, la historia de tu encuentro con Lister es terrorífica. ¿Por qué no me la cuentas?

—Quiero que insistas en que yo no era del PSUC. Fui al Congreso de la Paz de 1963. De la gente que fue de España, algunos pertenecían al Partido Comunista de España, y otros no, como Agustín de Semir, Ricardo Salvat o yo. No lo recuerdo muy bien, fueron unos días tan turbios que no... Total, que cuando llegamos al hotel Ucrania, nada más llegar a las habitaciones, nos telefoneó Irene Falcón para que fuéramos bajando, que nos esperaba y que preguntásemos por el Salón Gorki, creo. Fuimos bajando, nos sentamos en las sillas y de pronto oímos la voz de un hombre; era Balaguer. Nos dijo: *En pie, camaradas, en pie*. Lo de camaradas sonó como un tiro porque muchos de los que estaban allí no eran camaradas y yo entre ellos. Una de las cosas que más me molestaba del falangismo era que entre ellos se llamaban camaradas, igual que los italianos y los alemanes. No entiendo por qué no se llamaban compañeros, que suena mejor. Bueno, nos levantamos y entró toda la plana mayor. Pasionaria, Lister, Balaguer, Ardiaca y más gente. Nos sentamos. Entonces Dolores habló. Después tomó la palabra Lister y dijo que había-

mos llegado a la patria del socialismo, que al día siguiente se celebraría la sesión de apertura del congreso y que se nos repartiría, como se hizo, el discurso de apertura que la delegación española tenía que leer. Bueno, se repartió el papel, lo empezamos a leer y los que no pertenecíamos al partido comunista, y aun algunos del partido, nos dimos cuenta de que aquello no era un discurso para un Congreso de la Paz, sino un panfleto comunista, pero tan exagerado que no había manera de tragárselo. Luego muchos empezamos a mirarnos, y yo sentí vergüenza. Nos levantamos y dijimos que no podía ser ése el discurso porque la delegación española había llegado hacía poco. Hubo una tremenda discusión y se decidió formar una comisión de la que naturalmente formaban parte Lister y Balaguer, por un lado, y, por otro, Agustín de Semir y yo. Después de estar peleando por el texto, al final salió un escrito correcto. Fue un texto por la paz.

—¿Tú representabas a alguien en ese Congreso?

—No. Yo, pura y simplemente, lo que hice fue levantarme con otros más y decir que aquel escrito no podía ser. No es que tomara la voz cantante, ni aquello fue un heroísmo; me tocó decirlo a mí, pero si no lo digo yo, lo dice otro. Pero Lister se cabreó conmigo.

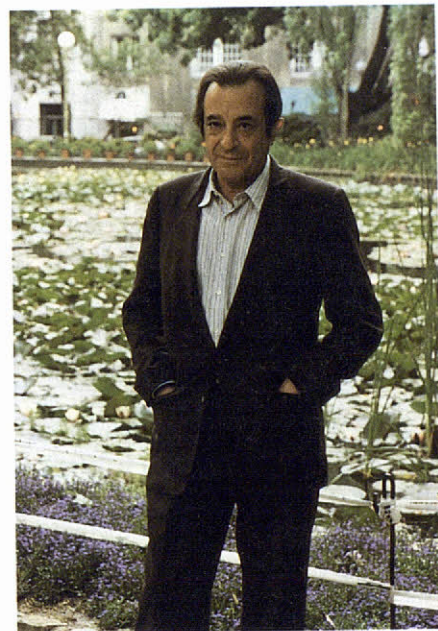
—¿Esto fue en un aparte?

—En el bar. Me dijo: *Me haces una cosa así durante la guerra civil y te mando fusilar, pero como eres simpático te invito a un coñac*. Como puedes imaginar, no me pude beber el coñac. Cuando tuve oportunidad se lo dije a Dolores, a quien yo hablaba de usted. Me contestó que no le hiciera caso, que lo dejara correr.

—¿Volviste a ver a Dolores?

—Mucho tiempo después, en París, se hizo un homenaje a Dolores Ibárruri, y el hermano de Paco Ibáñez, que era fotógrafo, fue a hacer unas fotos allí, y

Paco y yo estuvimos dando vueltas. Este Rogelio Ibáñez fue a Dolores y le dijo *aquí tienes a una persona que te conoce*. Me llamó y fui a saludarla. Entonces fue cuando Rogelio le dijo que fuese a su casa al día siguiente porque su madre hacía una paella. Al otro día estuvo allí, hablando de la escisión de Lister, explicando lo que les había hecho, que les había querido quitar incluso la casa de España. En un momento de la charla le dije que me creía todo lo que dijera de Lister. Le recordé lo que me había dicho él de fusilarme, y ella me dijo que no lo hubiera hecho así. Le pregunté cómo lo habría hecho y me contestó: *Hubiera estado hablando contigo, así, como estoy yo, y te hubiera vaciado el cargador por debajo de la mesa*. Hubo un silencio absoluto. Los hermanos Ibáñez son testigos de esta barbaridad, y de la que viene ahora. Paco le dijo: *¿Bue-*



no, pero vosotros lo sabíais esto? y ella le contestó que creían que lo hacía por un ideal. Como tú comprenderás, aunque nunca fui militante del Partido Comunista, se me quitaron allí mismo las ganas de ser compañero de viaje, porque todas estas cosas se daba por supuesto que las sabían todos, pero yo no las sabía.

—¿Del tiempo y del olvido es una selección de poemas?

*Líster me dijo:
Me haces una cosa así
durante la guerra y te
mando fusilar, pero
como eres simpático
te invito a un coñac*

—Es una reunión de poemas perdidos o desperdigados, a los que añadí algunos ya publicados, pero modificados. El siguiente libro, **Los pasos del cazador**, debió haber sido mi primer libro, porque corresponde a la época en que yo iba a cazar mucho, con Rafael Sánchez Ferlosio y aún antes. Tenía tomadas muchas notas de canciones populares, conocía el cancionero y con esto elaboré el libro, que se refiere a eso, a los pasos, las etapas, o la pasión del cazador, desde octubre hasta febrero. Después de éste, vino **Final de un adiós**, y luego **El rey mendigo**.

—*Las tres antologías temáticas, ¿en qué etapa aparecen?*

—Las tres, **Palabras para Julia**, **A veces gran amor** y **Sobre las circunstancias**, son anteriores a **Los pasos del cazador**. Algunas tienen varias reediciones.

—*Quiero que me cuentes la historia de El rey mendigo. ¿Cómo surge ese título?*

—El rey mendigo aparece por primera vez en un libro que se llama **Bajo tolerancia** y se repite en **Taller de Arquitectura**, cuando digo *ah humanidad cretina, rey mendigo*. Son las primeras veces que aparece, pero yo todavía no había formulado el tipo. El rey mendigo va saliendo en todos mis libros, en **Final de un adiós**... en fin, podríamos rastrearlo. Finalmente sale **El rey mendigo** como título de todo un libro porque ya la figura del rey mendigo planea sobre los protagonistas. La idea surgió de una frase que escuché de un tuareg. Yo estaba en Argelia para hacer el plano del desdoblamiento de Taman Raset salvando la ciudad y salvando el ued, un río seco, pero con agua debajo, y sobre todo salvando el palmeral, que es lo más impor-

tante, es de lo que viven ellos, no de los dátiles, sino de lo que se planta debajo de las palmeras: cebollas, tomates... Los más importantes oasis están hechos por el hombre. Eran y son auténticos invernales: hacen sombra y al mismo tiempo mueven el aire. El agua para riego y consumo que sacan con bombas, recorren caminos y se puede repartir perfectamente, porque el palmarés es una malla ortogonal. Aunque desde lejos parezca desordenado, es una malla perfecta. Taman Raset es la capital de Wilaya. Esa zona, como en todo lo que se podía llamar el Sudán, desde el Atlántico saharauí por el sur de Argelia llegar hasta Egipto y Sudán, linda al sur con el Sahel, que se está desertizando. Éste es el límite de las siete tribus de tuaregs que dominaban aquello desde quién sabe cuándo. Los tuaregs no están arabizados, yo no vi ninguno de ellos haciendo las oraciones de la mañana o de la tarde, jamás. Lo hacían los argelinos. A nosotros nos llamaban cooperantes.

Entre los tuaregs había un hombre, llamado Lajine, que era el jefe de un grupo de unos cuarenta o cincuenta jeeps, y nos hicimos amigos. No sé quién le dijo que a mí me gustaba cazar y él me invitó. Yo le dije que no había traído armas porque estaba prohibido y que, además, no tenía permiso argelino. Él me contestó que sí tenía permiso, que él me lo daba. Me preguntó qué quería, si escopeta de dos cañones o fusil. Le dije que dependía de lo que fuésemos a cazar. Me preguntó si me gustaría cazar gacelas y fuimos a una zona donde había un poco de pasto y él sabía que las gacelas estaban ahí. Rodearon aquello y salieron dos gacelas. Es sencillo matar una gacela. Es más difícil matar una perdiz. Entonces empecé a tratar más a Lajine. Al atardecer venía a verme, se hacía el encontradizo. Una noche me invitó a una fiesta en su casa. Su familia estaba fuera. No tuve inconveniente. Me dijo que si me importaría traer el regalo. Fuimos a la fiesta, una fiesta normal, con el té este de roca, tres veces, larguísimo. Había gente que tocaba una especie de guitarrita de dos cuerdas. De pronto se me acercó y me dijo: *Escucha un mo-*

mento amigo, le costaba hablar francés, y me dijo algo que no entendí. Me dijo que cuando los extranjeros que estaban allí, y señalaba a los argelinos, se hubiesen ido, todo se animaría que tenía hierba de Mali. Cuando los argelinos se fueron, aquello se convirtió en una fiesta que no se puede contar, con todo lo que él había dicho, y más.

Un día le hice un elogio —a todos los nómadas les gusta que les elogien lo que tienen— y fue cuando me dijo que a pesar de todas las cosas que él tenía, era un rey mendigo. Sus antepasados habían sido reyes de aquella zona, por eso me impresionó tanto lo de rey mendigo; porque todo el mundo es un rey y un mendigo a la vez. Todos somos algo importante y los años, y no sólo las desgracias, nos hacen reyes mendigos.

—*¿Volvemos a la familia?*

—Te pido por favor que hablemos de otra cosa. Entre los tres hermanos estamos gastando este tema. Soy persona poco dada a contar mi vida, y además resulta que cuanto más mayor me hago, con más rigor la juzgo; pienso que pude evitar muchos errores, pero no me arrepiento. Lo que lamento es lo que hice mal...

—*Vamos a hablar de literatura.*

—Sí, es un tema más importante, y creo más interesante la obra escrita que las memorias.

—*El que lea tu poesía, puede reconstruir tu biografía.*

—Sí, posiblemente sí.

—*Incluso yo diría que con todos los matices: familiares, sentimentales, filiales, y también ideológicos, ¿no?*

—Sí. Ser antifranquista y no querer colgarte la etiqueta de que pertenecías al PSUC o al PC, era muy incómodo. El que mis amigos y yo fuésemos antifranquistas fue el resultado de una evolución. Jaime Gil de Biedma también lo explica en algunos de sus poemas. Era por cues-

tiones de ética, es verdad, pero también era por cuestión estética. Lo de ellos era muy feo y triste.

—*¿Pero eso no es en parte el pensamiento ilustrado del XVIII?*

—Sí. Entre tú y yo, ¿el papel del intelectual cuál es ahora? Antes era un papel testimonial frente a una dictadura. Ahora estamos en una democracia. Hay logros que sí, es indudable que se han conseguido, pero la sociedad sigue sin funcionar.

—*Sin embargo creo que el sistema es defendible comparativamente.*

—Comparado con el pasado, yo no volvería jamás atrás. Está clarísimo.

—*Y lo de al lado, el proceso árabe, el proceso de Israel...*

—Arabes e israelíes se han metido en un juego sin solución; parece el cuento de nunca acabar.

—*No te gusta mirar hacia atrás, pero hacia delante no hay ningún proyecto.*

—No, y prefiero que no haya un solo proyecto, porque cuando hay un solo proyecto, no se sabe por qué, es fundamentalista, en política o religión. Cuando viene alguien a traernos una idea, nos propone la salvación con esa idea; son cosas que ya no creo. Nunca he creído en la salvación, como aquel poema: *nadie es infalible*, sí. No hay nadie infalible. Es lógica esta especie de desbarajuste que mucha gente no entiende: es lógica la desintegración de la URSS, convertida en lo que se llama Comunidad de Estados Independientes, la CEI, y es lógica la fragmentación de Yugoslavia. Por otro lado está el problema de Estados Unidos...

—*Yo creo que Alemania y Japón no van a permitir que Estados Unidos levante cabeza.*

—¿Tú crees?

—*Desgraciadamente.*

—Ahí está la cuestión, porque el país que ofrece, en teoría, libertad, ha olvidado su discurso inicial revolucionario, anterior al de la Revolución Francesa.

—*En los años treinta y cuarenta, los novelistas vinculados al partido comunista norteamericano, Howard Fast y Sinclair Lewis, escribieron varias novelas dedicadas a la reivindicación de ese discurso no cumplido de la revolución norteamericana. Por ejemplo, Ciudadano Paine, de Howard Fast. Veían el porvenir de Estados Unidos en la vigencia de esos textos no cumplidos.*

—Fíjate que para la elección de un presidente del país, resulta que el promedio de votantes oscila entre el 30 y 35 % del censo. Es muy mal asunto, porque aunque tengas la mayoría, tienes la mayoría sólo de ese 30 o 35 %, pero no la del país.

—*¿Y por el otro lado?*

—Sí, creo en un país llamado Rusia, que puede ser la cabeza; porque los otros no pueden desarrollarse solos porque precisan de su tecnología. El único peligro que veo es el ejército rojo. Yo preferiría que hubiera, en vez de un ejército norteamericano, muchos, tantos como Estados de la Unión. También preferiría que hubieran doce ejércitos en la CEI. Ahora, en realidad, ya están montando otra cosa, el peligro de un Magreb fundamentalista, que yo creo que sí que va a existir, porque no lo van a aguantar siempre los militares del FLN argelino. Al final tendrán que pactar.

—*En Israel hay cuatro millones de habitantes en un territorio que es la tercera parte de Cataluña, frente a 600 millones y un territorio que es un continente. Israel es un pestaña, no una cuña.*

—Sí, pero todos los conflictos que ha tenido los ha ganado.

—*Los límites sí, pero contra el conjunto no sé si...*

—Yo me pregunto hasta dónde llega el mesianismo islámico; históricamente, cuando los árabes estuvieron en España, se convertía quien quería. No sé si esto ha cambiado. Yo veo más peligrosa la situación de estos países, porque no vayan a montar una realidad como la de Gadafi, pero más a lo grande. Para Francia es evidente que su horror es una Argelia fundamentalista, pues los franceses tienen allí intereses económicos. Eso es lo que diferencia a Hassan II de los líderes integristas. Los líderes integristas no quieren saber nada de Europa, él sí. Está en una situación parecida a la de Fidel.

—*¿Cómo ves la situación europea?*

—Yo lo que creo es que Europa va a despegar, no sé cuándo pero va a despegar; va a cerrarse a la inmigración y va a intentar que los inmigrantes que tiene en sus países se vayan. Pero eso no es fácil, y a las malas recuerda la expulsión de los judíos de España. Estados Unidos no está bien, económicamente se vive mejor en cualquier país de Europa.

—*¿Sientes desánimo?*

—Siento curiosidad, no me quiero llevar decepciones, como muchos *desencantados* de la democracia española, que debían de estar encantados antes de la democracia. Creo que ha sido mejor el proceso de lo que cabía esperar en el año 76, por ejemplo. Las autonomías funcionan, bien que mal, pero funcionan. La coexistencia aquí, salvo por el terrorismo de ETA, está bien.

—*¿Qué va a pasar en España?*

—Depende mucho de la actitud cívica de las comunidades. Se verá si aquí la gente tiene más sentido común que en otros lados. Digo esto, porque a mí no se me ocurre pensar en una Cataluña proclamando su independencia, como dice Colom, porque eso no le interesa a la burguesía, como tampoco interesa al PNV, que representa a la burguesía vasca, un Euskadi independiente. Pero sí les interesa una autonomía lo más amplia posible.